
LA FILOSOFIA COMO CRITICA DEL LENGUAJE

Magdalena Holguín

El hilo de la fábula

El hilo que la mano de Ariadne dejó en la mano de Teseo (en la otra estaba la espada), para que éste se ahondara en el laberinto y descubriera el centro, el hombre con cabeza de toro o, como quiere Dante, el toro con cabeza de hombre, y le diera muerte y pudiera, ya ejecutada la proeza, destejer las redes y volver a ella, a su amor.

Las cosas ocurrieron así. Teseo no podía saber que del otro lado del laberinto estaba el otro laberinto, el del tiempo, y que en algún lugar prefijado estaba Medea.

El hilo se ha perdido; el laberinto se ha perdido también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un caos azaroso. Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad.

Jorge Luis Borges
Los conjurados

La distinción que habitualmente se establece entre el primero y el segundo Wittgenstein haría referencia a una ruptura radical entre el *Tractatus* y los escritos posteriores. Independientemente de cuán acertada sea esta interpretación, en varias ocasiones oculta la continuidad de los temas. Podríamos afirmar que la concepción general de la filosofía y de sus problemas es un aspecto de la obra de Wittgenstein que se encuentra claramente delimitado desde el *Tractatus* y que el autor adhiere a las ideas allí expresadas en las diversas etapas de su pensamiento.

Es humanamente imposible captar inmediatamente la lógica del lenguaje.

El lenguaje disfraza el pensamiento. Y de tal modo que por la forma

externa del vestido no es posible concluir acerca de la forma del pensamiento disfrazado; porque la forma externa del vestido está construida con un fin completamente distinto que el de permitir reconocer la forma del cuerpo. 4.002

Toda la filosofía es “crítica del lenguaje” [...]. Es mérito de Russell haber mostrado que la forma lógica aparente de la proposición no debe ser necesariamente su forma real. 4.003¹

Los anteriores párrafos del *Tractatus* han dado lugar a muchas de las objeciones presentadas en contra de Wittgenstein en particular, y de la llamada “filosofía lingüística” en general. Si bien más adelante nos ocuparemos de esta controversia, es conveniente explicitar en qué consistiría la “crítica del lenguaje” —y por qué considera Wittgenstein que es la única actividad propiamente filosófica. Para responder a esta pregunta, debemos remontarnos a la distinción establecida por Russell entre forma gramatical y forma lógica. El análisis lógico, tal como lo concibe este autor, es el instrumento que nos permite identificar la forma lógica oculta bajo la forma gramatical. La célebre teoría de las descripciones es un ejemplo paradigmático de la aplicación de este método.

En el uso que hacemos del lenguaje es posible emplear un mismo signo con diferentes significados, lo cual introduce ambigüedades sistemáticas en las proposiciones en las que aparece. El análisis lógico resulta indispensable debido a la homogeneidad de los términos del lenguaje corriente que nos impide identificar, a primera vista, la diversidad de funciones lógicas que desempeñan.

Russell propone, por consiguiente, que en aquellos casos donde sea de especial importancia atender a las distinciones lógicas, se recurra a un lenguaje formalizado con el fin de evitar los tropiezos conceptuales generados en la ambigüedad de la forma gramatical. Si bien Wittgenstein no comparte del todo esta solución, ciertamente admite que la distinción trazada por Russell ocupa un lugar central en toda discusión acerca del significado proposicional, y concede que una cabal comprensión de “la lógica del lenguaje” nos ahorra un sinnúmero de confusiones. Más aún, podría decirse que confiere a tal distinción un papel más amplio y fundamental que el atribuido por su propio autor, pues se convierte para él en el eje de sus reflexiones acerca de la filosofía. No obstante, desde un comienzo la utiliza

1 Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (1922). Versión española de E. Tierno Galván. Madrid, Alianza Editorial, 1973.

de una manera que se aparta básicamente de los propósitos para los que la destina Russell. En lugar de recurrir a un lenguaje formalizado para desterrar toda ambigüedad, Wittgenstein intenta aplicar la distinción de manera que le permita formular delimitaciones de carácter más general.

Bouveresse califica de “topológico” el método propuesto por Wittgenstein², para indicar con ello que la principal estrategia del *Tractatus* consiste en asignar un “lugar” a los diferentes tipos de proposiciones, según el criterio previamente establecido para las proposiciones auténticamente significativas. Así como Russell, en la teoría de las descripciones, pone en evidencia que hay sujetos gramaticales que no corresponden a un sujeto lógico, habría también enunciados que parecen genuinas proposiciones descriptivas debido a su forma gramatical; tal es el caso de las proposiciones de la lógica, de la matemática, de la ética, de la filosofía. Un estudio de la lógica del lenguaje revelará, sin embargo, que se trata de pseudo-proposiciones. Destruir la similitud externa que oculta diferencias lógicas semejantes es uno de los objetivos explícitos de la crítica del lenguaje.

Desde esta perspectiva puede verse cómo una de las mayores preocupaciones de Wittgenstein consiste en trazar con claridad las demarcaciones ocultas en el lenguaje; es ésta la única manera de aclarar el pensamiento, objeto propio de la filosofía. No sólo el *Tractatus*, sino la totalidad de sus escritos, se inscriben dentro de esta línea: el deslinde entre filosofía y ciencia, entre psicología y filosofía, entre matemática y ciencia natural. Aparte de la demarcación de ámbitos generales, el análisis permite una serie de distinciones básicas dentro de cada uno de ellos; el lugar de lo lógico y de lo empírico, de los sistemas de descripción y lo descrito. Gran parte del esfuerzo elucidatorio que propone Wittgenstein como actividad propiamente filosófica implica determinar, en lo posible, aquellos matices conceptuales sobre los que se apoya la estrategia topológica a la que alude Bouveresse.

Habría otro aspecto de la crítica del lenguaje, relacionado con el anterior, que debemos mencionar para lograr una mejor comprensión de la concepción wittgensteiniana de la filosofía. Si bien en el *Tractatus* el énfasis recae sobre la uniformidad del lenguaje que oculta diferencias lógicas esenciales, en los escritos posteriores Wittgenstein muestra cómo nuestros usos lingüísticos propician la introducción de analogías que nos hacen pasar imperceptiblemente de ciertos contextos significativos a otros. La noción de

2 Jacques Bouveresse, *Wittgenstein: La rime et la raison*, Paris, Minuit, 1973, pág. 11.

“juego de lenguaje” se refiere precisamente a los contextos delimitados de significación y aplicación conceptual. Es posible siempre —y de ahí la necesidad de la crítica— hacer caso omiso de esta demarcación y extender analógicamente e inválidamente los conceptos; esto conlleva una serie de confusiones teóricas que corresponde a la filosofía dilucidar. El procedimiento empleado en estos casos se aleja aún más del análisis lógico tal como lo concibe Russell. Es necesario, por así decirlo, “regresar” el concepto a su ambiente significativo propio e identificar aquellos pasos que condujeron a crear un “nudo intelectual”; buscar las analogías específicas que dieron lugar a extrapolaciones vaciando los conceptos de sentido.

Vemos así como la idea de filosofía que desde el *Tractatus* se encuentra íntimamente vinculada con el lenguaje, se distancia cada vez más de los modelos del análisis lógico formal pero insiste en el hecho de que el lenguaje mismo es la fuente principal de nuestras confusiones y su “crítica” el único instrumento apropiado para enfrentarlas:

La filosofía es una lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje.
Investigaciones filosóficas 109³.

A este respecto, debemos considerar una serie de objeciones que se apoya precisamente en el carácter “lingüístico” de la concepción filosófica de Wittgenstein. Para sus detractores, las reflexiones de este autor pueden entenderse como la expresión de cierto tipo de reduccionismo consistente en afirmar que los problemas filosóficos “sólo son”, en última instancia, problemas lingüísticos. Refiriéndose a Wittgenstein dice Popper, por ejemplo, que ha sustituido “el estudio del mundo por el estudio del instrumento de que nos valemos para comprenderlo”⁴; en esta afirmación se sintetiza el núcleo de críticas a las que aludimos, dirigidas también contra diversos desarrollos de la filosofía analítica. Tales críticas adquieren un carácter aún más fuerte cuando advertimos el sentido equívoco de “lingüístico”, que puede calificar tanto a una filosofía del lenguaje como a las ciencias empíricas que se ocupan de él. De ser verdadera, la acusación de reduccionismo filosófico es ya suficientemente grave; si a esto se añade la

3 Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas* (1953). Traducción de A. García Suárez y U. Moulines. Barcelona, Crítica, 1988.

4 Karl R. Popper, “How I See Philosophy” en *Philosophy in Britain Today*, ed. S.G. Shanker, Londres, Croom Helm, 1986, pág. 202.

idea de que la filosofía no puede distinguirse de una ciencia particular, la lingüística, habría que admitir que un proyecto semejante está mal concebido desde sus inicios.

Si bien el énfasis sobre la importancia del lenguaje en relación con la filosofía es esencial en Wittgenstein, debemos aclarar algunos aspectos de esta relación que impedirían entenderla según los parámetros anteriormente expuestos. El primer nombre que Wittgenstein pensó dar a su obra inicial, el *Tractatus*, era "La proposición". La teoría de la proposición, sin embargo, tal como se concibe en dicha obra, se inscribe en el ámbito de la lógica filosófica, pues con ella intenta solucionar algunas de las dificultades suscitadas por las doctrinas de Russell y de Frege en torno al sentido y a la verdad. La perspectiva asumida en este caso es estrictamente lógica y como tal guarda poca o ninguna relación con el lenguaje como objeto de las diversas ciencias empíricas.

En los escritos pertenecientes al segundo período pareciera más difícil responder a las objeciones mencionadas. Ciertamente, a tales textos se atribuye buena parte del llamado "giro lingüístico" en filosofía, así como la inspiración del desarrollo de la escuela oxoniana y de otras corrientes analíticas. No obstante, creemos que también aquí puede argumentarse válidamente que el interés fundamental que anima estos escritos no es el estudio del lenguaje como tal, y menos un estudio empírico del mismo. Independientemente de las sustanciales modificaciones a las que somete Wittgenstein las consideraciones que sobre el lenguaje aparecen en el *Tractatus*, nunca abandona la idea inicial de que la filosofía es "crítica del lenguaje". La necesidad de recurrir a los usos concretos del lenguaje es una propuesta de carácter metodológico, apoyada en la convicción de que el significado de los conceptos depende básicamente de su aplicabilidad. Y la aplicabilidad de un concepto es su uso en el lenguaje. Si prestamos atención al tipo de análisis ofrecidos por Wittgenstein, veremos que la obligada referencia a los usos lingüísticos es el mecanismo que permite la aclaración de aquellos conceptos susceptibles de generar confusiones teóricas, tanto en la filosofía como en otras disciplinas, y no al recuento exhaustivo de los usos de cualquier término elegido al azar. El esfuerzo por identificar los diferentes contextos de uso de un concepto hace evidente la diversidad de su empleo; permite aclarar su alcance y las relaciones que guarda con otros instrumentos conceptuales. De esta manera se contrarresta la tendencia de los filósofos a homogeneizar los términos y a generalizar inválidamente con base en tal uniformidad. Debemos recordar, por otra parte, que en una "crítica del lenguaje", lo propiamente filosófico es la "crítica" y el lenguaje

aquello a lo que se aplica. Quienes confunden el procedimiento con el objeto del análisis concluyen, no sin razón, que una filosofía así concebida diferiría poco de la sociolingüística. En efecto, la mera descripción acrítica de los usos de las palabras en las lenguas naturales no configuraría por sí misma una propuesta filosófica. En este caso nos veríamos obligados a coincidir con el dictamen de Russell cuando califica a la filosofía tardía de Wittgenstein de suicidio intelectual.

Para una mejor comprensión del carácter específico que asume esta crítica del lenguaje, podemos acudir ahora a aquellos pasajes del *Tractatus* donde Wittgenstein ofrece otra serie de precisiones sobre su concepción de la filosofía y que, como lo afirmamos inicialmente, parecen haber sufrido pocas modificaciones en el transcurso de su evolución filosófica:

La filosofía no es una de las ciencias naturales. 4.111

El objeto de la filosofía es la aclaración lógica del pensamiento.

Filosofía no es una teoría sino una actividad.

Una obra filosófica consiste esencialmente en elucidaciones. 4.112

Señalemos, en primer lugar, que las observaciones donde se intenta precisar la naturaleza y objeto de la filosofía comienzan por la contraposición entre ésta y las ciencias. Wittgenstein, naturalmente, no es el primero ni el único en colocar el deslinde entre filosofía y ciencia como centro de su reflexión. Por el contrario, pareciera ser en este punto donde puede establecerse alguna relación con muchos de los filósofos contemporáneos quienes, desde perspectivas disímiles, coinciden en su esfuerzo por delimitar el ámbito propio de la ciencia y diferenciarlo explícitamente del de la filosofía. No obstante, los resultados de este esfuerzo divergen entre sí de manera evidente. En el caso de Wittgenstein, tal delimitación adquiere matices inéditos que vale la pena destacar. En primer lugar, no conlleva, como lo hace en muchas de las otras posiciones, una crítica de la ciencia y de sus desarrollos tecnológicos, como tampoco la intención, explícita o no, de subordinar los intereses teóricos de la ciencia a los de la filosofía. Por otra parte, considera Wittgenstein que una adecuada distinción entre estos ámbitos debe repercutir necesariamente en la comprensión que la filosofía tiene de sí misma, de manera que incida efectivamente sobre la manera de concebir sus problemas y su naturaleza. En este sentido, puede decirse que se trata de una propuesta más radical; lejos de ser una consideración externa de las relaciones entre filosofía y ciencia, intenta hacer explícitos aquellos aspectos de la filosofía misma en los cuales se ha adoptado una perspectiva científica. La arraigada tendencia de los filósofos a seguir los modelos propuestos por la ciencia, a la que se toma como paradigma del conocimiento

objetivo, da lugar a la mayor parte de los problemas conceptuales que la filosofía erróneamente considera como propios.

Si proseguimos con la cita inicial, se nos dice que la diferencia fundamental entre ciencia y filosofía reside en que ésta última no es una teoría (*Lehre*), sino una actividad; tal actividad debe entenderse como aclaración lógica o conceptual, expresada en elucidaciones. El objeto propio de la filosofía es este tipo de aclaraciones. Tales afirmaciones encierran uno de los puntos más controvertidos de la propuesta de Wittgenstein, pero también uno de los más originales en relación con las concepciones tradicionales de la filosofía. En efecto, la mayoría de los filósofos conciben su quehacer como la tarea de elaborar teorías acerca de diversos problemas y creen que la manera correcta de abordar tales problemas comienza por contrastar las teorías que para su explicación se hayan formulado. Dentro de tal concepción, las teorías filosóficas y las científicas sólo difieren en alcance y método, mas no en su propósito ni en su carácter. A las primeras se concede una cobertura universal por oposición a la particularidad de la ciencia, y mientras que a ésta correspondería el método lógico-experimental, la filosofía dispondría de una serie de enfoques que adopta a voluntad. Cómo se justifican éstos nos lleva al problema de la distinción clásica y recurrente que permite identificar las distintas disciplinas según sus objetos.

Para Wittgenstein, por el contrario, comprender la filosofía como una teoría, y más exactamente como una teoría de objetos, constituye ya una apreciación cientificista del quehacer filosófico. No hay “objetos” filosóficos en ningún sentido comprensible; de allí deriva, en última instancia, la dificultad experimentada por los filósofos cuando intentan deslindar su “disciplina” de aquellas que efectivamente son teorías objetivas. La distinción establecida por el autor entre **explicación** y **descripción** puede ayudarnos a entender los argumentos que adelanta en contra esta posición. Las teorías científicas son hipótesis explicativas de los fenómenos que caen bajo ellas como su objeto. A la filosofía, sin embargo, no le corresponde formular teorías semejantes, sino elucidar los conceptos mediante la descripción de sus usos en el lenguaje.

Esto tiene que ver, según creo, con el hecho de que erróneamente aguardamos una explicación, mientras que la solución de la dificultad es una descripción, si la ubicamos correctamente en nuestras consideraciones. Si nos detenemos en ella y no tratamos de ir más allá. *Zettel* 314⁵.

5 Ludwig Wittgenstein, *Zettel* (1967). Traducción española de O. Castro y U. Moulines, México, UNAM, 1979.

Wittgenstein no se limita a la sorprendente afirmación de que la filosofía no es una teoría; va más lejos aún y denuncia el papel que con tanta frecuencia se le ha atribuido a través de su historia. En efecto, la filosofía no ha sido concebida como una teoría entre otras, sino como meta-teoría o teoría de teoría, ciencia de las ciencias. Dentro de una concepción semejante, la pretensión de los filósofos no está restringida a aquella elaboración de teorías explicativas que Wittgenstein considera de por sí objetable, sino que pretende erigirlas en fundamentos últimos de todo conocimiento. A este aspecto de la filosofía aludíamos cuando hablábamos de someter los intereses teóricos de la ciencia a la filosofía, entendida ésta como tribunal supremo de toda pretensión cognoscitiva.

Quienes se apresuran a identificar el *Tractatus* con las posiciones sostenidas por el positivismo lógico, olvidan que uno de los puntos fundamentales de divergencia entre Wittgenstein y el Círculo de Viena estriba precisamente en la apreciación de la ciencia y el papel que desempeña frente a ella la filosofía. No sólo no corresponde a la filosofía ser “teoría de la ciencia”: su objetivo no reside en determinar cuál sea la estructura lógica de las teorías científicas, como tampoco decidir respecto de su coherencia interna o de su adecuación con lo real.

Los filósofos, no obstante, y no sólo ni especialmente los positivistas, en su afán por adaptarse al exitoso modelo de las ciencias, proceden como si su tarea fuese la elaboración de hipótesis análogas a las de la ciencia natural. En efecto, gran parte de las tesis epistemológicas y ontológicas se formulan a la manera de teorías explicativas y conllevan explícitamente tal pretensión. La búsqueda, por ejemplo, de los “elementos constitutivos de la realidad” guarda evidentes semejanzas con preguntas provenientes de la física. La falsa analogía establecida entre física y metafísica a través de la similitud de las preguntas, resalta con mayor claridad si atendemos al carácter de los procedimientos empleados por filósofos y científicos para resolverlas. En tanto que la ciencia reconoce el carácter hipotético de sus explicaciones y determina con precisión los métodos que deben seguirse en la búsqueda de su confirmación, las posiciones metafísicas, por el contrario, no se presentan como hipótesis susceptibles de ser corroboradas o refutadas. Ningún hecho o conjunto de hechos incidiría sobre su validez. Tampoco sería posible indicar que método sería el más indicado para hallar la respuesta. Las tesis así formuladas no son entonces, concluye Wittgenstein, lo que aparentan ser, esto es, explicaciones, sino pseudoteorías que reclaman para sí pretensiones cognoscitivas y objetivas que están lejos de poseer.

En el *Cuaderno Azul*⁶ aparece por primera vez la distinción entre causa y razón, distinción destinada a precisar aún más la diferencia establecida entre explicación y descripción. Las auténticas teorías explicativas, pertenecientes al ámbito de la ciencia, son siempre hipotéticas y asumen por lo general el modelo de la explicación causal. Sería sin duda superfluo recabar sobre el papel paradigmático de la causalidad en la ciencia moderna. En el *Tractatus*, Wittgenstein llega incluso a calificar nuestra creencia en los nexos causales de supersticiosa; podríamos agregar que se trata de una de las supersticiones más arraigadas de nuestra mitología. Wittgenstein, sin embargo, no se limita a criticar la inválida extensión de la causalidad a todo tipo de explicación. Por el contrario, considera que en el ámbito de las ciencias empíricas, su preponderancia está justificada y cumple un propósito claramente identificable. Sus objeciones se dirigen más bien a las concepciones meta-teóricas que sobre esta noción se elaboran, y especialmente a la adopción de los paradigmas causales por parte de la filosofía. Buena parte del *Cuaderno azul* y de las *Investigaciones filosóficas* describen e impugnan la concepción filosófica del pensamiento como mecanismo mental que obra en forma causal.

De igual manera rechaza las explicaciones causales del significado, explicaciones que en su opinión prevalecen sobre toda otra en las teorías del lenguaje. Para contrarrestar esta tendencia, propone diferenciar con claridad los casos donde resulta pertinente hablar de hipótesis y causas, de aquellos donde debiéramos invocar más bien criterios y razones; de nuevo, una similitud lingüística externa, la pregunta “por qué”, que se utiliza indiferenciadamente en ambos casos, nos ha conducido a un nudo conceptual.

El uso de un concepto está gobernado por reglas, y siempre cabe la posibilidad de apelar a razones —esto es, explicitar las reglas, para justificar su empleo. Confundir éstas con los efectos de causas aparentes u ocultas genera gran parte de las confusiones en las que incurren por igual mentalistas y conductistas en sus explicaciones del significado. Comprender el significado como el resultado de procesos mentales ocultos o creer que surge de mecanismos de asociación no son en realidad procedimientos disímiles: se trata de hipótesis causales. En lugar de formular hipótesis semejantes, podemos sencillamente enunciar las razones de uso de los conceptos en determinados contextos. La explicitación de las reglas, fruto del análisis

6 Ludwig Wittgenstein, *Los cuadernos azul y marrón* (1968). Traducción española de F. García Guillén. Madrid, Tecnos, 1984.

descriptivo de los usos concretos del término, configura aquello que Wittgenstein llama “gramática” y que plantea como objetivo primordial de la actividad filosófica.

Uno de los motivos que lleva a la filosofía al desconocimiento de su quehacer propio deriva del “ansia de generalidad” que predomina entre quienes se dedican a ella. El filósofo elige un modelo explicativo que parece funcionar adecuadamente para algunos de los fenómenos que considera. Con base en él, fija una “imagen” procedimental a partir de la cual comienza a generalizar inválidamente, de manera abstracta y con total independencia de la diversidad de los contextos a los que la aplica. La homogeneización de todos los objetos respecto de uno de sus aspectos es, precisamente, uno de los rasgos característicos de la ciencia; permite eliminar toda particularidad contingente con miras a establecer hipótesis explicativas generales. Desde esta perspectiva, el método científico es y debe ser necesariamente reduccionista, en un sentido no peyorativo del término, en cuanto exige reducir todo fenómeno a aquellos aspectos que comparte con otros y es susceptible de conexiones sistemáticas. La utilización de los modelos matemáticos en la ciencia depende en gran medida de la posibilidad de realizar este tipo de operaciones restrictivas.

No obstante, cabe preguntarse como lo hace Wittgenstein, si es este el método que también conviene a la filosofía, y su respuesta es decididamente negativa. La comprensión lograda mediante una explicación difiere esencialmente de la obtenida mediante una descripción. Es aquí donde el recurso a los usos concretos del lenguaje puede apreciarse como una innovación metodológica de interés. Su finalidad inicial es la de destruir la aparente homogeneidad establecida entre los fenómenos, que impide considerar sus características particulares y contextuales. Si bien a menudo estas diferencias no son pertinentes para la ciencia, resultan esenciales para la comprensión filosófica. Podría objetarse, claro está, que es éste un supuesto gratuito e injustificable. Por el contrario, es el nivel de generalidad de la filosofía aquello que comparte con otras teorías y especialmente con la ciencia; más aún, supera incluso la generalidad de éstas en sus pretensiones de estricta universalidad.

En grandes líneas, la argumentación que ofrece Wittgenstein de este cambio de orientación, que evidentemente se opone a nuestras más arraigadas nociones del quehacer filosófico, sería la siguiente. Si se acepta, como lo hace en general la filosofía en sus diferentes configuraciones históricas, que una de sus principales tareas es la adecuada comprensión de los conceptos, es preciso determinar su carácter y accesibilidad. Para Wittgenstein, es

evidente que la mayoría de las formulaciones sistemáticas adhieren a una noción platónica del pensar: nuestros conceptos serían entidades que pre-existen a su uso efectivo, o nombres de realidades que preceden al lenguaje lógico u ontológicamente. En su opinión, sin embargo, todo sentido depende de la aplicación del concepto y ésta se realiza siempre en el lenguaje. Es en el juego de lenguaje, o contexto de aplicación del concepto, donde se cristalizan una serie de actividades pertenecientes a determinadas formas de vida y de donde proviene, en última instancia, toda significatividad. La irreductible interdependencia establecida entre pensamiento, lenguaje, acción y realidad que constituye la unidad del juego hace imposible una consideración abstracta o meramente intelectual de estos elementos. De esta manera, todo intento de designar uno de ellos como algo que fundamenta explicativamente a los demás está destinado al fracaso.

No se trata, por supuesto, de identificar particularidades empíricas de los usos lingüísticos. La exigencia de contextualización se limita a situar los análisis realizados en lo concreto⁷, para no incurrir inadvertidamente en generalidades y trasposiciones injustificadas. Desde esta perspectiva, “el desprecio de los filósofos por lo particular” es denunciado en varios lugares como el rechazo del único recurso que permitiría adelantar la única tarea que Wittgenstein admite como propia de la filosofía y radicalmente distinta de la de las ciencias y la de otras teorías. La generalidad explicativa que habitualmente se considera característica de la filosofía y en razón de la cual toda otra actividad conceptual debe estar subordinada a ella, es más bien el signo inconfundible de que se ha comprendido a sí misma como ciencia. Los esfuerzos de Wittgenstein por romper con los paradigmas y métodos de la ciencia están dirigidos a recuperar para ella un ámbito propio. Según esto, la comprensión de la adecuada relación entre filosofía y ciencia no puede determinarse de manera externa, y menos aún desde la aparente “superioridad” teórica de la filosofía. Por el contrario, la más urgente tarea del filósofo es utilizar los recursos que le brinda el análisis conceptual para identificar

7 La clara distinción entre lo concreto y lo empírico es de crucial importancia para la comprensión de la aplicación de conceptos en Wittgenstein. El presunto “escepticismo de la regla” presentado por Kripke se basa precisamente en confundir aplicaciones concretas con aplicaciones empíricas de una regla; sólo en el segundo caso sería preciso disponer de una regla diferente para cada instancia en particular. El mismo problema parece afectar la exposición que hace Tugendhat de la propuesta filosófica de Wittgenstein, cuando se refiere a ella como a una “investigación empírica”, si bien de tipo especial.

aquellos aspectos de su propio quehacer que inadvertidamente incorporan paradigmas científicos de conocimiento y explicación.

Renunciar a la filosofía como “ciencia estricta” no implica, sin embargo, llegar a los extremos en que incurren en la actualidad buena parte de las críticas que se dirigen a la historia del pensamiento. Wittgenstein señala en repetidas ocasiones que los juegos no son racionales ni irracionales, pues los criterios mediante los cuales se establecen tales calificativos son siempre posteriores a los juegos donde tendría sentido la distinción. Si bien no podemos aspirar a la fundamentación última, pues ésta implicaría un lugar anterior al lenguaje, quizás no sea tampoco ésta la finalidad que debe orientar nuestras búsquedas. La aclaración de los conceptos no los explica; suministra en cambio una comprensión diferente que nos impide caer en las falsas analogías y mitologías ocultas en el lenguaje. Recoge una variedad de procedimientos, prácticas y criterios que, con base en las diferencias y no en las similitudes, hace justicia a la complejidad de las interrelaciones que efectivamente se dan.

La “crítica del lenguaje” elimina los problemas filosóficos, pero no porque ofrezca una solución teórica inédita y maravillosa, sino porque resulta imposible, una vez aclarados los conceptos pertinentes, formular el problema de manera significativa. El ejercicio de aclaración exigido por ella quizás no satisfaga las pretensiones sistémicas y universalistas de los filósofos, pero tal vez sí conduzca a lo que debiera ser su finalidad última: acceder a una comprensión que efectivamente modifique una visión del mundo más libre de preconcepciones y prejuicios.